

MADRID

CON OCHENTA AÑOS MÁS

Por JOSÉ ANTONIO TORREBLANCA



LA ESPAÑA DE ULTRAMARINOS Y COLONIALES :: FORTUNATA NO VIVE YA EN EL CUARTO PISO :: SE VIVE, PERO NO SE ENVEJECE



¿CUÁL es la casa de Fortunata?—preguntaba un caballero argentino que venía en el séquito de doña Eva Duarte de Perón.

La vivienda donde don Benito Pérez Galdós puso a la chula de *Fortunata y Jacinta*, era cualquiera de los pisos altos al costado occidental de la Plaza Mayor, desde el figón del *Púlpito* a la Casa de Pañadería.

Todo aquello estaba en sombra, porque era la noche en que mil mu-

chachas de los Coros y Danzas actuaban por primera vez para América. Se habían quedado ellas con toda la luz de ambos mundos. En la rampa blanca de un colosal tablado, bajo dos chapiteles rojos rematados en bolas doradas, se acababa el mundo visible y hasta el mundo imaginable.

Pero el argentino insistió. Le dijimos que al portal de Fortunata se entraba por detrás de la Plaza, por la Cava de San Miguel, a mano derecha, conforme se baja por el Arco de Cuchilleros. Estaba a un paso. Fué y volvió suspirando.

—¡Está igual, igual que hace ochenta años!—sonrió con pena, y añadió: ¿No será Fortunata una de esas que bailan?

—No, señor. Fortunata era más bien sosa. Y en punto a honra, de lo que esas señoritas son millonarias, ella sólo tenía una vocación extraviada.

Hubo que completar la desilusión:

—Además, Fortunata no vive ya en el cuarto piso.

«Buscar» a Fortunata en el Madrid de hoy, medio en broma, medio llorando, es una de las formas de repatriación que el alma de todo fiel lector experimenta. Los lugares «leídos» son, a veces, más penetrantes en el recuerdo que los lugares vividos. De aquellos donde el milagro de la invención literaria ha dado al corazón el recado de una vida completa, el lector se siente como desterrado. Volver a ellos después de la lectura, en viaje de reencuentros y comprobaciones, equivale al lujo vital de encontrarse una patria perdida y volver al solar del abuelo. Para el lector, que está tallado en la madera de los sueños, éste es un modo prodigioso de enriquecer el mundo hasta lo fabuloso. Para el novelista es la gloria absoluta, porque entonces su creación sigue de cerca al Génesis y supera el descubrimiento y conquista de tierras nuevas. Pero para las ciudades mismas es como una suerte de mayoría de edad. Las que se quedan vivamente asociadas a un relato cobran una sazón sabrosa, toman rango de mujeres, con su leyenda de amor y todo. Cuando logran así desposar a la Poesía, son ciudades. Antes no son más que vagos intentos municipalistas.

Madrid lo consiguió a fines del XIX con el realismo de Galdós. Es tan limpio el perfil de la ciudad y resuena tan sobrecogedoramente el paso de sus gentes, que la ciudad verdadera parece fundada por don Benito a la medida de sus personajes novelescos. Los madrileños que lo leen por elevación—es decir, saltándose al áspero Baroja y a todo el puntilloso 98—, visitan los lugares galdosianos con vergonzante nostalgia, peregrinando en tranvía. Para nuestros hermanos de América, que no conocen sino ese Madrid, el deseo de visitarlo puede realizárseles con tan fino humor y amorosa impaciencia como al caballero argentino. Pero acaso también con previsible desencanto. Intentemos, pues, para su bien, un breve elucidario del Madrid de Fortunata, fieles a la verdad de lo que hoy queda y atentos a no desgarrar a nadie tontamente las entrañas de su ensueño.

Fortunata y Jacinta, las dos mujeres en torno al señorito Santa Cruz, eran, como es sabido, la amante brava y fecunda, una, y la esposa dulce y estéril, la otra. En medio, el muchacho pecador y cándido, no se muere de estúpido porque tiene que cumplir con estólida valentía el papel de acabar una raza. Pertenece a la categoría de hombres a quienes todos llamarán Juanito aun a los ochenta años, y su oficio es cifrar sin aspavientos la ruina de esta patria donde el último resorte que puede fallar es el hombre. Rodean a esta gente (Juanito-Fortunata-Jacinta) tres círculos clasistas muy claros: los comerciantes, los empleados y polleros, y los cristianos del hambre a palo seco.

A los comerciantes madrileños del tiempo de Fortunata les lucía el último resplandor de la España ultramarina. Ellos, los Santa Cruz y los parientes de Barbarita Arnáiz, hacían doblones con las sedas de Filipinas; vivían de echar sobre los hombros de las damas y las chulapas los mantones de Manila que Ayún y Senquá dibujaban en la fabulosa pañolería de Cantón. Había vicuñas y alpacas de lo fino. Béjar y su paño militar para liberales y carlistas tiraba ya de largo. Pero he aquí que en plena infancia de la Fortunata, la estrella de los comerciantes de la calle de Pontejos, de los soportales de Santa Cruz, de la Plaza Mayor, empieza a doblar. No es sólo porque la independencia americana iba para arriba, sino porque los ferrocarriles traían «novedades» francesas y belgas, porque los crespones caían en desuso desde 1840 y, sobre todo, porque Inglaterra tomó con Singapur la llave del comercio de Extremo Oriente y cortó la relación de nuestros sederos con los arruinados navieros de Cádiz.

Todo lo que fué comercio de ultramarinos y coloniales (aun llama así España a la mayor parte de la paquetería y especiería), se adaptó de modo maravilloso a las nuevas condiciones. También las telas. Al género vivo de color, al verdegay y rojo-pueblo, sucedieron los semilutos de la Europa romántica. Los comerciantes remozaron sus anaqueles, dieron frente a Inglaterra cuando Ultramar se les volvió de espalda, y se sostuvieron bien aquellos cuarenta o cincuenta años que hicieron falta hasta el montaje de la industria catalana.

Así se comprende que el primero de los círculos humanos que ciñen la vida de Fortunata-Jacinta-Juanito siga vivo e intacto en las viejas calles de Madrid. En la Plaza Mayor hay pañerías oscuras en cuya sombra perora el adorable Plácido Estupiñá. Los plateros de la calle de Postas son tan ricos como Barbarita; pero sus hijos únicos no son señoritos a cuerpo limpio, sino relativos ingenieros agrónomos o discutibles opositores a notarías. En todo caso, atletas, tenientes de la Milicia Universitaria y novios formales.

Cuando extrañe la vitalidad que a España ha permitido salvar su ruina del XIX y tres guerras europeas, además de su propia hecatombe del 36, no se olvide la gracia con que los tenderos de ultramarinos y pañerías cambiaron el viento comercial, ni el aguante con que sus hijos, los señoritos, supieron hacerse soldados formidables en el momento justo para no morir de idiotas.

Bajando por el Arco de Cuchilleros, el barrio de Toledo está tan fresco como el día que Juanito Santa Cruz sorprendió a Fortunata sorbiendo un huevo crudo. La casa de la Cava, estribada de un modo fenomenal, a lo gótico, conserva sus huecos estrechos y la palidez empolvada de su murallón. Si se entra por la Plaza, nos ahorramos treinta escalones. Todavía, naturalmente, el piso cuarto, según se toma por la Plaza Mayor, es el piso séptimo desde la Cava. Hay un balcón con claveles. Al tomar la curva, el trole del tranvía de Carabanchel suelta un relámpago y juega al magnesio con la estatua ecuestre del Rey de las Españas. Los soldados siguen empanados en paño de Béjar, pero ahora caquí y sin mortaja para la guerra de Africa. Las «limusinas» C. D. se paran junto al figón del *Pálpito* y dejan su carga de joviales americanos.

Pero si mira usted para el balcón del clavel, pierda cuidado. Fortunata no vive ya en el cuarto. Fortunata era una mujer hermosa, con el instinto puesto a punto, iletrada y con malísima suerte. Ahora estaría vendiendo helados en el mostrador de «Lusi-

tania», o, en caso de que su personal destino acusara rasgos de propincua perdición, entre las robustas bailarinas que en el teatro Madrid hacen la revista «Gran Clipper». Pero cuando Madrid tenía ochenta años menos, Fortunata no podía resistir la fatalidad amorosa de su tiempo, porque ella era una chula y Juanito era un currutaco. Ella era muy la indefensa sobrina de la pollera, y él muy el niño único del burgués cuajado casi en gentilhomme por la Revolución. Una medieval afición a la progenie natural, que el burgués copió del hidalgo, había consagrado la institución del *piso*, con lo que el pecado logró economía doméstica, rango social y casa propia. El piso y la leontina eran cuarteles en la ejecutoria democrática del nuevo señor. ¿Quién podía librar a Fortunata de su seducción?

La calle de Don Pedro sale al balcón de las Vistillas, que es una de las mejores atalayas del mundo hispánico. Allí vivió Feijoo, el auténtico «señor» de Fortunata. Todavía oloroso a buen café y a canela, el Madrid de Ultramar guardaba coroneles retirados como Feijoo, que hablaban así a sus tiernas chulillas: «Tú no puedes imaginarte aquellas noches de luna en Cuba, aquellos manglares que son jardines en medio de los espejos de la mar... En La Habana veía yo desde el castillo de Atarés las señales del vigía del Morro...» Nada de esto queda. Para los españoles, en un principio América fué un quehacer; después fué un sabor; ahora es una categoría. Las que habían de ser chulas, aprenden su América en el cine San Miguel, allí cerca de la Cava. Las otras siguen adivinándola desde los tibios almohadones del hogar; o se lanzan al asalto de América en carne y hueso, como las muchachas de los Coros y Danzas.

Rubín ha muerto de avitaminosis. Hay aún por escribir una Historia de la anemia española durante la segunda mitad del siglo XIX, y en ella se verá que casos de atonía como el del boticario Rubín o el estafalario Ido del Sagrario, obedecieron más a falta del aire de la aventura que del «churrasco» o del pan. Se corresponde más con la idea de la decadencia una España inapetente que una España hambrienta. Rubín sufría jaquecas de señorita imposible y comía poco, porque a un alma caballeresca y reclusa en la ruina ambiente, poco hay que echarle de comer. Era un sujeto que iba para capitán y se quedó metido entre los «alcoholatos», el «alcohol de coclearia» y el «lactofosfato de cal perfeccionado». Cuando esto le suceda a un pueblo entero, todo es ya imaginable, hasta su seducción y ruina a manos de una chula guapa.

Pero tampoco Rubín habita ya en la calle del

Avemaría. Ochenta años más de Madrid nos lo han hecho un mozo duro, que cuelga con airoso desdén en el escaparate el cartel «Hay penicilina». Los domingos sube en «moto» al Guadarrama. Y en el sillín se lleva a Fortunata, como un Amadís con el escape abierto.

Puestos a verter ríos de nostalgia sobre un Madrid donde el hambre y el pecado eran amenos cuadros de costumbres, no hay que llorar sobre las esquinas de la calle de Ceres, que España convirtió en las esquinas fluorescentes de la Avenida de José Antonio. Por donde subían los tíos de los burros trepan en silencio los autobuses «Leyland» de dos pisos. Al viajero inglés de los tiempos de Buckle ha sucedido en el «Palace» el entusiasta americano llegado hace cinco minutos en el avión «Veracruz». Se deshoja el señorito en el bar, y el trámite de su modesta perdición no arrastra a ninguna ingenua de ojos profundos. Todo está previsto. Quedan las calles casi intactas, con esa fachada abalconada y pálida que el XIX dió a las niñas para marchitarse mirando el atardecer. Tiembla un cristal en la ventana del piso, y hasta puede haber un piano con su media habanera entre dientes.

La nostalgia de Madrid a los ochenta años de morirse Fortunata puede buscarse mirando a su gente, si queremos embriagarnos con tan engañosas droga como es la memoria novelesca. Es el hombre de España, esta especie rara en cuya tozudez se mella el tiempo, quien ha cambiado su propio paisaje. Una revolución profunda ha roto la cohesión de aquellos tres círculos clasistas—el comerciante, el pollero y el hambriento—que rodeaban a dos mujeres enamoradas de un señorito. Guillermina la Santa está hoy en Auxilio Social y sus ingeniosas obtenciones de dinero para levantar palacios a la infancia desvalida no tienen hoy relieve literario por su misma facilidad. La chula, que existe siempre y es bastante hermosa, da un quiebro y gestiona previamente el vestido de boda. Con esta gente, entre la que el señorito trabaja diez horas diarias para poder pagarse la gasolina, Madrid ha cobrado una apariencia más moza, un aire más duro y menos dicharachero. Tiene a ratos el gesto inmisericorde de las ciudades demasiado perfectas, y si le insinuamos la posibilidad de reconstruir una novela de cuatro tomos sobre la complejidad que al amor ocasiona la injusticia de las castas, Madrid mueve la cabeza y sentencia: «¡Ni hablar!»

El secreto de toda ciudad con más de ochenta años es saber ser la nieta de sí misma. Madrid y España entera, envejecidos hacia atrás, están hoy frescos como la rosa.

